

recida resonancia en los países latinoamericanos.—OLEGARIO LAZO BAEZA.

■

“LOS DEMÁS”, por *Luis Alberto Heiremans*, Colección Araucaria, VII, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1952

Entre los escritores de su generación (una generación nacida, según mis cálculos, entre los años 1920 y 1934; algún día escribiré sobre ella), ocupa Heiremans (nacido en 1928) un digno lugar de vanguardia. En medio de un grupo de jóvenes novelistas y cuentistas de variada orientación y categoría dispar, a quienes supera en capacidad de análisis y comprensión de la realidad que muestra, destaca, como una de las plumas más constantes e inquietas. Dueño de una variada personalidad, el teatro y el cuento han tenido en él un insistente cultivador.

Dos libros lleva publicados L. A. Heiremans: *Los niños extraños* (Editorial Rapanui, Santiago de Chile, 1950), libro original y meritorio que nos ofrece el mundo mágico de la infancia y su evolución interna hacia el despertar de la adolescencia, es un libro de una interesante fuerza emocional que describe una edad perdiéndose ya para siempre en el desenvolvimiento del individuo, pero no por eso menos maravillosa. El libro, un conjunto de cuentos, fué saludado con unánime efusión por nuestros críticos.

*Los demás*, el libro que hoy comentamos, nos sorprende no ya como la confirmación de una promesa, que el primero auguraba, sino que nos llega con una valiente madurez, con una actitud decidida frente a la realidad que nos ofrece, con una agudeza crítica ejemplar y con una calidad literaria innegable.

Este segundo libro de Heiremans nos ofrece un conjunto de nueve cuentos, algunos de ellos tan largo como una novela breve. En un epígrafe, el autor nos muestra la intención profunda de su

obra y la que da unidad al conjunto entregado: nuestra dependencia y participación de las cosas y de *los demás* por el hecho simple de hacer frente a una circunstancia. Es lo que constituye la temática, varia en su realización, de este libro. La aguda sensibilidad con que estas relaciones se muestran a lo largo del volumen, nos revela a un escritor que sorprende, repentinamente, con una consolidada madurez literaria.

La existencia ha sido cogida por Heiremans en su devenir constante y los individuos en su manera peculiar de cuidar de ella. Esta realidad dinámica que hasta no mucho escapaba a la comprensión de nuestros novelistas es hoy una realidad inevitable cuando se hace literatura. Lo propiamente existencial es quizás lo que caracterice mejor las tendencias generales de la literatura de hoy. Hoy es más consciente que nunca, sí, el cuidar de la existencia y acaso más imperioso que nunca. Esta *cuíta* es perfectamente genuina, original, en Heiremans.

Hay ciertos factores que Heiremans escoge en su creación y la motivan. Los objetos materiales, las simples cosas, se dan aquí no sólo con una mira utilitaria, ni en una relación puramente práctica, sino que íntimamente ligadas a una honda raíz sentimental. Un solo y elegante frasquito de rico perfume puede plantear una crisis entre dos existencias normalmente unidas y afectuosas. Este es el tema de uno de sus cuentos menores, precioso y geométrico: *La primera mentira*. Sin embargo, en el relato *l'instine du bonheur*, que diría el vulgarísimo André Maurois, encerrado en la mujer, la hace prescindir del objeto aludido, aunque sin destruirle porque éste que fué su primitivo afán se frustró en el intento, conformando la nueva realidad a una mentira que es sólo de la mujer en el cuento, pero que es en ella, también, el pilar de la estabilidad conyugal.

La soledad aparece como otro de los rasgos que violentan el cuidado vital del hombre por la irregularidad e inexistencia de las relaciones de hechos con los demás seres y con las cosas que se nos enfrentan en el mundo y a las cuales debemos conformar nuestra ac-

ción. *El secreto de Pedro Idel, Una carta para Juanita*, nos muestran la hiperestesia y la timidez de los individuos en sus relaciones interhumanas.

De este segundo libro de Heiremans es importante señalar algunos relatos que superan al resto por la complejidad y por la profundidad del análisis existencial que importan como *La visita del sobrino*, que abre el volumen. *El gran silencio*, descarnado cuadro burgués, y *Los grandes destinos*, cerrando el volumen con una visión múltiple. No hemos de olvidar *La muerte* que centra un aspecto que aparece continuamente señalado en la obra de Heiremans como conciencia del constante devenir de las cosas, ese todo fluyente que es el ser para la muerte. Igual cosa, está finamente realizada en *La estancia sorprendida* donde podemos hallar cierta analogía con el sonambúlico y desintegrado mundo nerudiano de *Residencia en la tierra*.

El afán de liberación que anima a los personajes jóvenes en relatos como *La visita del sobrino* y *El gran silencio*, en una forma de afirmación existencial frente a la presencia muda de la muerte en la caducidad de los objetos y la decrepitud de las personas que se aferran a ellos y esperan en el silencio, sentados, como *La tía María*, en el primero de los señalados. La burguesía está condenada en la obra de Heiremans por la falsedad de sus principios y la debilidad hipócrita de sus contactos sociales. Detrás de cada reunión familiar, de cada costumbre burguesa brota una persistente ilusión de precipitación en el silencio, donde sólo se oye al tiempo, hacia la muerte; sin más puerta de escape que la que sea capaz de abrir en cada caso la vitalidad exultante de la juventud.

La consideración de que vivimos unos tiempos eminentemente personales, en que cada cual es un islote apartado que desprecia contactos con *los demás* o el hecho simple de una imposibilidad de comprensión última entre los seres humanos, junto con el afán ardiente, aun cuando casi siempre frustrada, de una aproximación humana, brota en la vida oscura de cada uno de los personajes vivos de L. A. Heiremans y, particularmente en *Los grandes destinos*,

donde la concepción imaginaria de la existencia de los diferentes pasajeros de un autobús, vista a través de la existencia de uno de ellos, se contrasta violentamente con la existencia personal de cada uno. No hay entre ellos más contacto que el imaginativo. Mediante él prolongamos nuestro ser en *los demás* y en las cosas que nos rodean. La circunstancia nos hace y nos deshacemos de ella. No somos en manera alguna seres aislados. Leamos las consideraciones del último personaje de Heiremans: "Le reconforta pensar que un trozo de su secreto yace en cada uno de esos seres. Debe conocerlos a todos, para comprenderse a sí mismo. No hay duda, el secreto está en *los demás*, y por eso debe vivir en el laberinto que forman los otros. Esa red le es necesaria; sólo podrá huir a su soledad cuando se haya encontrado, disperso e invencible, en la trama que ellos tejieron". (pág. 242).—CEDOMIL GOIC.



"PROVINCIA", por *Caupolicán Montaldo*, Nascimento, 1952

En el periodismo y la literatura se conocía, ciertamente, a Caupolicán Montaldo. No eran pocos los que aguardaban, con seguridad que siempre sabía encontrar motivo para fortalecerse, el libro que le mostrara, por fin, en su auténtico y cabal merecimiento. Digno de ser acogido con una atención más amplia, no se presentaba aún la ocasión para decirlo y asegurarlo.

Pero en 1951 obtiene Montaldo el Premio Unico de Poesía en el Concurso de la Sociedad de Escritores; y en 1952 —es decir, en estos días— Nascimento publica el libro premiado *Provincia*. Se ha presentado la ocasión y es justo no callar que Caupolicán Montaldo es uno de nuestros buenos poetas, uno de esos limpios poetas que no recurre a ardid alguno para dar la impresión de que son más brillantes o más hondos. No necesita el autor de *Provincia* buscar máscara de brillo o profundidad. Se presenta, desnuda el alma, sano de